Epoca IV — Barcelona 6 de enero de 1915 — Número 242

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Los anarquistas y la guerra

Basado en múltiples consideraciones de orden histórico, económico y político, el anarquismo ha llegado a la concepción clara y concreta de una sociedad opuesta en absoluto a la presente.

El anarquismo niega el Estado que es la representación más elevada y genuina del capitalismo, y que ha consagrado a través del tiempo la tiranía, el privilegio, el dominio de una clase sobre otra.

El anarquismo declara injusto, monstruoso y atentatorio a las leyes naturales, un régimen que condena a la miseria, al embrutecimiento, a la degradación a los creadores de la riqueza social.

El Estado sostiene, alimenta, impone, por la fuerza, las diferencias entre los hombres, el antagonismo de los intereses.

El anarquismo afirma que la tierra y todos los medios de producción y de cambio, deben ser patrimonio común a todos los hombres.

El Estado sanciona a favor de una minoría parasitaria, el robo, la usurpación, el monopolio, en detrimento de una mayoría activa y laboriosa.

El anarquismo es la expresión sintética de la Justicia, que regirá mañana.

El Estado es el reflejo fiel de la iniquidad hoy imperante.

El anarquismo es la abundancia y la libertad.

El Estado es la miseria y la esclavitud.

El anarquismo es la armonía, la vida, la paz, el amor.

El Estado es el desorden, la muerte, el odio, la guerra.

Son por consiguiente, dos enemigos irreconciliables, en lucha permanente.

***

Gracias a la rapacidad de los Estados, Europa ofrece hoy una visión espantosa, siniestra, de sangre, de incendio, de exterminio.

Ha despertado el monstruo interior en forma de prejuicio patriótico y se agita convulsivamente con ferocidad salvaje.

Ha resurgido la bestia que el Estado mantiene y reclama su derecho a devorar carnaza y a bañarse en sangre, en nombre de una civilización vituperable, repugnante y asesina.

Es el crimen más colosal, más horrendo, más execrable que registra la historia y sin embargo, ha encontrado apologistas fervientes, en aquellos que un día fueron apóstoles venerables del ideal anarquista.

¿Es ello debido a una falsa interpretación de la historia del progreso de los fenómenos sociales? ¿Obedece a mala fe?

Es imposible averiguarlo.

Lo cierto es que el anarquismo no puede admitir la guerra.

No caben ni equívocos ni posibilidades de transacción.

La guerra es una consecuencia del régimen capitalista y a nadie más que al capitalismo puede interesar.

Gobernante, banquero, propietario quiere decir responsable del mismo modo que combatiente quiere decir asesino.

Establecer diferencias entre alemanes y franceses, entre rusos y austriacos, equivale a una confesión de impotencia o de inmoralidad.

Inútilmente se tratará de conquistar nuestras simpatías a uno de los dos bandos.

Nosotros estamos dispuestos a batirnos, a derramar nuestra sangre, a dar nuestra vida para defender nuestros intereses, nuestros derechos, nuestro bienestar.

Saldremos, sí, a la calle y nos armaremos para romper de una vez para siempre las infamantes ligaduras que nos sujetan al cáucaso del martirio.

Cuanto se nos diga se estrellará contra nuestro espíritu de clase, contra nuestra concepción anarquista, que no puede conciliarse con el Estado, con el capitalismo, con el privilegio que la guerra actual está llamada a robustecer, a consolidar, si el proletariado no toma oportunamente la palabra.

Por encima de las querellas criminales que se traducen en asesinatos colectivos, calculados fríamente en el confort de los palacios, como hombres, como revolucionarios, como anarquistas, queremos velar por los sagrados intereses de la humanidad.

La guerra que nosotros queremos, la guerra que nos esforzamos en preparar, la guerra para la cual movilizaremos muy pronto al proletariado, es aquella que hará definitivamente tabla rasa de la explotación del privilegio, de la hegemonía de una clase.

Nosotros no sabemos ver un distintivo fundamental, ni de raza, ni de cultura entre germanos, eslavos, latinos y anglo sajones.

No se trata de una lucha determinada por disentimiento de pueblo a pueblo, por el choque de los caracteres. Se trata de un juego repugnante de intereses. No es un litigio del derecho contra la barbarie. Aquí se ventila la supremacía comercial e industrial de Inglaterra y de Alemania.

***

No nos preocupan las cuestiones de nacionalidad, porque no pueden ser un obstáculo a la solución del gran problema.

Si las condiciones topográficas y climatológicas son suficientes a determinar el carácter de los habitantes de cada región, quizás la tendencia nacionalista exista eternamente, como expresión ética sublimizada, de su herencia histórica de sus tradiciones, de los elementos étnicos que modelan su existencia. Como expresión geográfica está condenadada a desaparecer en un porvenir muy próximo.

¿Pero qué importará que existan, que se produzcan entre ellas choques y divergencias cuando se trate de resolver los múltiples problemas morales inherentes a la vida social, si se confunden todas en un mismo interés, si se armonizan en la igualdad más absoluta de derechos?

Nosotros podemos afirmar categóricamente, desde ahora, que será así.

No es que tratemos de hipotecar el porvenir. Es que sabemos que nada hay capaz de desviar la trayectoria del progreso.

Por lo mismo en lugar de oponernos a la invasión alemana queremos combatir el militarismo.

Alemania no puede, como se afirma, convertir Europa en un cuartel inmenso.

El espíritu, las tendencias, las aspiraciones de un pueblo no se ahogan tan fácilmente. Y si tratara de hacerlo, tanto mejor. La pólvora explota más cuanto más se la comprime.

Pero aun cuando realmente existiera ese peligro, no se concibe que un individuo que tolera con cobardía de castrado que le explote un burgués nacional y un policía nacional lo encarcele, se disponga a rechazar los invasores de un territorio que no es suyo, y cuyos propietarios le usurpan constantemente el derecho a la vida, ni más ni menos que pudiera hacerlo el nuevo dominador.

Cuando se piensa en los millones de hombres sacrificados en holocausto de un principio, de una institución tan salvaje, tan absurda, tan bestial, se obstruye el pensamiento, se obscurece la razón.

Afortunadamente, en la sangre de las víctimas fermenta el espíritu reivindicador de los derechos hollados.

Afortunadamente, los anarquistas no han perdido el sentido de la justicia, y a ellos incumbe preparar la venganza cumplida que ejecutará el pueblo contra el Estado organizador del gran crimen, antes o después de acabar la guerra.

La guerra le ha brindado al anarquismo la ocasión de afirmar rotundamente, de dejar bien sentada sobre bases inconmovibles su virtualidad. A pesar de la bochornosa apostasía, de la flagrante claudicación de sus principales apóstoles, ha continuado su carrera, probando así, ser dueño absoluto de sus destinos.

Cuando una determinada tendencia sabe, puede y quiere prescindir de guías, de conductores y de consejeros, es que está cercano el día en que triunfe, en que se imponga, en que se realice lo que ella soñó.

***

Aprovechemos el instinto revolucionario del pueblo, superior de mucho a la estrategia desviadora de aquellos en quienes depositara un día su confianza, y esperemos, preparándonos, las consecuencias que se derivarán necesariamente del actual conflicto.

Que el pueblo sepa por nosotros que esos hombres que conducen los ejércitos, unas veces a la victoria, otras a la derrota, a la muerte siempre, no son héroes, no son valientes, ni luchan por la Libertad, ni por la Justicia, ni por el Derecho.

Digámosle que el tribunal inapelable de la conciencia humana los califica de asesinos vulgares, odiosos execrables que matan por el placer de matar, por oficio, para robustecer la tiranía, el privilegio, la explotación del hombre por el hombre.

Contra el Estado, contra los asesinatos colectivos de que se alimenta, y por la reintegración del hombre en sus derechos ante la naturaleza con todas las ventajas del progreso y de la civilización, mantenemos enhiesta la bandera en que flamea como símbolo de la redención humana, el espíritu rebelde de los esclavos que quieren emanciparse de todas las opresiones políticas, económicas y morales.

¡Viva la Revolución Social!
¡Viva la Anarquía!

EUSEBIO C. CARBÓ

Otra vez en la brecha

Hemos recibido una carta de Cullera, en la que se nos pide les secundemos en la campaña que van a emprender para que la injusticia cometida con la última amnistía incluyendo en ella solamente los delitos cometidos por medio de la pluma y de la palabra, sea reparada.

Tienen razón los amigos y compañeros de Cullera. La amnistía, más que un acto de piedad gubernamental, ha sido una provocación al excluir de ella delitos tan políticos y tan sociales, como los cometidos en julio de 1909 en Cataluña, los de Benagalbón, los de Cullera, los cometidos con ocasión de conflictos obreros y tantos otros en que los menos delincuentes son los que se encuentran encarcelados.

La renovación de la campaña se impone, derrochando en ella cuantas energías sean necesarias y llegando hasta donde sea preciso llegar, pues no es posible soportar con calma tanta postergación cuando se trata de beneficiar en algo a la clase trabajadora.

Y lo que más justifica esta campaña, es el ver la *Gaceta* llena continuamente de indultos para los llamados delitos comunes, y que en las reformas progresivas de las leyes penitenciarias, se añade siempre el estribillo de conceder sus beneficios a los presos que hayan observado buena conducta; y como la calificación de la conducta en cárceles y presidios se hace siempre según los grados de servilismo y la religiosidad manifestada—sincera o hipócritamente—por los presos, estos beneficios no alcanzan nunca, o casi nunca, a los trabajadores condenados a consecuencia de hechos realizados con arreglo a las ideas que profesan.

Cartas tenemos a la vista de compañeros que nos dicen: "Con arreglo a la reforma deberíamos salir en libertad; pero tememos que a pesar de no tener nota desfavorable en el expediente, no saldremos hasta que cumplamos el último día."

Teniendo presente lo expuesto, celebramos la feliz iniciativa de los amigos y compañeros de Cullera, y cuenten con nuestro modesto concurso, como seguramente contarán con el de toda la prensa obrera.

Precisa que a la clase trabajadora se le haga ver el menosprecio en que los gobiernos de todas clases la tienen, y que en vez de perder el tiempo en cosas que nada le importan, sirviendo de juguete a políticos ambiciosos o de medio lucrativo a obreros aprovechados, dejen que la burguesía defienda sola sus intereses y sus zonas más o menos neutrales y se preocupe de conseguir la libertad de sus compañeros presos, que cayeron luchando por la defensa del proletariado y combatiendo a la burguesía, detentadora de nuestra libertad y del producto de nuestro trabajo.

Que el mitin monstruo que organizan en Cullera sea importante por los acuerdos que en él se tomen y que éstos se cumplan, es necesario, y no estaría de más que allí quedara constituído un Comité encargado de dirigirse a las Federaciones Obreras de España, para que su labor sea secundada y para que sacuda la apatía de los obreros españoles, que tan olvidados tienen a los que por ellos se sacrificaron.

Y no olviden todos que los nobles deseos de libertar a los presos por cuestiones políticas y sociales, no se consiguen celebrando un mitin y dando por terminada la labor, sino con una acción continua y persistente y *con algo más* que haga ver a los árbitros de los destinos de un pueblo que no queremos seguir desempeñando el papel de comparsas en la comedia que hace años se viene representando en la concesión de indultos y amnistías.

CRÓNICA

El Fantasma

Por cartas particulares de amigos y compañeros, estoy bien informado de la situación crítica del proletariado español y particularmente del proletariado barcelonés.

La prensa diaria de este país también me habla todos los días de la "crisis operaria en España", y entre vueltas, digresiones más o menos fantásticas de los cronistas y opiniones de los politicastros y tartufos españoles acerca de la neutralidad de esta nación en el conflicto europeo, habla de los "Consejos de Ministros" tratando de la crisis obrera, de las "medidas" del señor Dato *para atenuarla*, de las "disposiciones" del señor Sánchez Guerra, también para *resolverla*, y de esas mil y mil cosas absurdas y risibles que los gobernantes ponen en juego en tales situaciones, para *resolver* lo que no tiene solución desde las columnas de la *Gaceta*, sino que por el contrario, precisan para su pronta y rápida solución medios más *positivos*, más *prácticos*, que las simples é inútiles discusiones de los consejos de la corona, que son siempre tópicos que manejan todos los gobernantes como supremo recurso para seguir defendiendo los *sacrosantos* intereses del estado burgués, que les están encomendados.

El fantasma tétrico del hambre que hoy envuelve con sus negras alas en un sudario de muerte al proletariado español, no se ahuyenta con disposiciones gubernativas, encaminadas siempre a servir de señuelo engañador a los que revientan de hambre y frío en los míseros tugurios donde se amontonan los productores de la riqueza social.

El hálito de muerte que sopla sobre los esclavos de la vieja España, no se soluciona con las *precauciones* que la autoridad toma para *descubrir a los elementos extraños*, ni los gritos de dolor que el hambre arranca a los enflaquecidos estómagos de los indigentes, se acalla con la *concentración de fuerzas de la guardia civil*. No son las *pasiones exaltadas* ni las *ideas disolventes* en acción, las que determinan las convulsiones de ese titán humano que en los campos y en las minas, en el mar y en las fábricas, producen sin descanso todo lo que los potentados derrochan superfluamente.

No; es simplemente la imperiosa necesidad de vivir, que por ley natural se impone y reclama su lugar correspondiente. Es el motor humano que precisa del combustible necesario para seguir sus funciones de un modo normal. Es la vida que se ve estrangulada por la máxima avaricia de una burguesía sin entrañas, que reclama su imperio por encima de leyes y códigos, por encima de preceptos sociales y egoístas conveniencias de bastardos e innobles intereses. Es el grito supremo del instinto de conservación, que llama furiosamen en las broncíneas puertas de la conciencia dormida de los esclavos del salario. Es el superior derecho natural que reside en cada ser humano, que habla a los tiranos de la sociedad el trágico lenguage de las grandes catástrofes que son inevitables.

Ese es el fantasma pavoroso que se cierne sobre el suelo de España, sin que la eterna comedia de las medidas gubernativas, pueda alejar la visión trágica que a esclavos y tiranos amenaza envolver en una orla roja de sangre, donde se ahoguen las bastardas ambiciones de los menos y los dolores y miserias de los más...

***

Allá, lejos, suena en la repercusión del viento que sus ráfagas traen a través de una estela espumosa de las marinas ondas, el eco de la lucha gigantesca, titánica, épica, trabada en la tierra que mil veces retemblara al ferreo choque de los bárbaros guerreros.

Desde los Pirineos hasta el Guadiana, todo el suelo de la vieja Hispalis, se extremece en una última convulsión de esfuerzo impotente de la sociedad vieja, que moribunda, con las entrañas palpitantes, deshechas en pedazos por la acción libertadora de los hambrientos, estertoriza en una mueca horrible de muerte.

El fantasma negro de la miseria que azotaba a los que diariamente producían lo que una casta parasitaria consumía para labrar el mal, hizo su inevitable explosión cual enorme bólido social, y su fragmentada materia hecha fuego, carbonizó para siempre las tiranías sociales que la maldad de los menos sustentaba apoyada en la ignorancia de los más.

***

La acción pujante de ese proletariado flagelado por el hambre, es la única *medida* que puede solucionar la horrible crisis obrera reinante en España.

Tomar el derecho inherente a la condición humana, ejercitar ese derecho que es conservar la vida, es noble, es sagrado, es la acción vindicadora de reconocimiento a la superioridad del hombre que no debe ni puede renunciar voluntariamente su derecho a la vida, por obedecer estúpida y cobardemente a la ley escrita, que perdió su pristina significación de virtud, si alguna vez la tuvo, desde que estableció la desigualdad social.

El código humano es superior y anterior a todos los códigos que la ambición y la astucia establecieron como fundamentales instituciones de un orden social que tiene el crimen por base, y los hoy hambrientos obreros españoles no deben ni pueden dejar que

SE HA PUESTO A LA VENTA EL

Almanaque de "Tierra y Libertad" para 1915

PRECIO: UNA PESETA